

Waterloo, no tan decisiva

El bicentenario de la batalla permite matizar su trascendencia, más simbólica que militar

Por Carlos Martínez Shaw

HISTORIA. EL DUQUE DE Wellington, en una reflexión que se ha hecho famosa, dijo que “la historia de una batalla es como la historia de un baile. Algunos pueden recordar todos los pequeños detalles cuyo gran resultado es la batalla ganada o perdida, pero nadie puede recordar el orden o el momento exacto en que han ocurrido y es precisamente esto lo que marca la diferencia”. El afortunado lector de Stendhal (*La Chartreuse de Parme*) o de Stephen Crane (*The Red Badge of Courage*) recordará sin duda para siempre las famosas escenas en que uno y otro novelista nos presentaban a sus protagonistas literalmente perdidos en el laberinto de una batalla, dentro del cual ya no reconocían siquiera cuáles eran las líneas amigas o enemigas. Pues bien, los dos libros que ahora se presentan sobre Waterloo (con motivo de su bicentenario) tratan ante todo de hacer comprensibles los movimientos de aquel encuentro que conmovió al mundo y alumbró una nueva era en la historia de la Europa del siglo XIX. Y sus autores lo consiguen plenamente utilizando cada uno un método diferente.

Alessandro Barbero procede a una reconstrucción minuciosa de las operaciones militares que se desarrollan ante nuestros ojos no sólo a través del pormenorizado relato de los hechos, sino también a través de una espléndida serie de 14 mapas que resultan a veces más reveladores que el propio texto para el entendimiento de las acciones de los distintos contendientes. Y, para colmo, logra el asombroso hito de resumir la batalla en un solo párrafo, siguiendo un simil también procedente del general británico:

“El púgil francés empezó el combate sin tomárselo en serio (...); su contrincante esquivó inesperadamente algunos golpes de KO y consiguió asestar algún puñetazo contundente, aunque se estaba cansando y a la larga se hubiera derrumbado si no



La batalla de Waterloo, 18 de junio de 1815, pintura de R. Reeve.

hubiera subido al ring el tercer púgil, el prusiano. (...) Aunque el francés era el más fuerte, a la larga no pudo aguantar solo contra dos, y al final tuvo que tirar la toalla y perdió por KO técnico”.

También Bernard Cornwell, que ofrece menos material cartográfico de las acciones pero más material iconográfico de la campaña, triunfa en el alarde de comprimir la batalla de cuatro días en tres actos: “Napoleón embiste contra el flanco derecho de Wellington en un intento de atraer las reservas de efectivos del duque a esa

zona del campo de operaciones, y después lanza un ataque masivo contra el costado izquierdo de las fuerzas francesas, pero esa ofensiva fracasa. El segundo acto es el del tremendo asalto de la caballería napoleónica sobre el centro derecha del

ejército del duque; y el tercer acto, en el que irrumpen por el lado izquierdo de la escena los prusianos, es ya una acometida a la desesperada cuyo protagonista es la hasta entonces imbatible Guardia Imperial”.

A partir de estos acertados resúmenes, los datos se multiplican: número de fuerzas combatientes, división de los cuerpos de ejército, maniobras principales y secundarias y, sobre todo, balance de las bajas, con amplias oscilaciones (más acusadas en unos casos que en otros): 5.000

en el combinado británico-neerlandés, 2.000 del lado prusiano y 20.000 por parte francesa (Barbero), frente a 4.000 del combinado, 20.000 prusianos y 30.000 franceses (Cornwell).

Y, a continuación, las consecuencias. Alessandro Barbero se permite un ensayo de historia contrafactual, pensando que la suerte estaba echada antes de Waterloo (pues Napoleón hubiera acabado de todos modos perdiendo la partida ante la nueva coalición europea, ya que tras los ingleses y los prusianos ya se divisaban los austriacos y los rusos) y negando así un valor definitivo a la batalla incluso si la victoria se hubiera inclinado del lado de los franceses. En todo caso, ambos autores están de acuerdo en conceder a Waterloo una trascendencia que va más allá de lo puramente militar: su valor simbólico desartó el intento de restauración bonapartista y condenó al emperador a Santa Elena y a Francia a la capitulación ante sus enemigos.

Waterloo permitió la consolidación de las bases que ya se habían dispuesto en el Congreso de Viena con el afianzamiento de la Europa neoabsolutista y conservadora que sancionaría la Santa Alianza de Prusia, Austria y Rusia aquel mismo año de 1815. Sin embargo, tales resoluciones no acabaron con la soterrada vida del liberalismo, que asomaría pronto en el pronunciamiento de Riego en España en 1820, después en la revolución de 1830 y más tarde en el momento democrático de 1848.

Ni evitarían tampoco la aparición del Manifiesto Comunista en la misma fecha ni la floración de los movimientos que conducirían a la formación de la Primera Internacional en 1864. •

Waterloo. La última batalla de Napoleón. Alessandro Barbero. Traducción de J. C. Gentile Vitale. Pasado y Presente. Barcelona, 2015, 366 páginas. 25 euros.

Waterloo. La historia de cuatro días, tres ejércitos y tres batallas. Bernard Cornwell. Traducción de Tomás Fernández Auz y Beatriz Eguibar. Edhasa. Barcelona, 2015, 480 páginas. 35 euros.

Fallido choque de civilizaciones

Por Fernando Castanedo

NARRATIVA. LA PRIMERA NOVELA del periodista, guionista y escritor Terry Hayes (1951) cuenta con todos los ingredientes para convertirse en un *best seller*. Para empezar, presenta la clásica acción imparable, hábilmente urdida en distintos episodios que se suceden a lo largo y ancho del planeta. Además, tiene por protagonista y narrador a un hombre de orígenes humildes que fue adoptado por unos riquísimos millonarios de la Costa Este y estudió en la Universidad de Harvard. Allí le reclutaron para los servicios secretos de Estados Unidos, donde demostró que estaba hecho de la madera del superhéroe.

Pilgrim, que significa peregrino y es como se llama a quienes llegaron a Nueva Inglaterra en el Mayflower, allá por 1620, será el nombre en clave de este agente. Su misión consistirá en detener a un enemigo brillante y prácticamente invisible, un adversario despiadado que pretende terminar con Estados Unidos y “nuestra civilización” desatando una devastadora guerra



Inspección en busca de ántrax en Washington en 2001. Foto: R. Thomas

bacteriológica. Y si les digo que este rival se llama Sarraceno, comprenderán que el trasfondo de la novela no es otro que el de la radicalización religiosa de los países islámicos y sus consecuencias. Una radicalización provocada en buena medida por la ya proverbial torpeza estadounidense en las relaciones internacionales. Al final de la novela habrá un duelo al sol entre el Peregrino y el Sarraceno, y triunfará el que justifica la existencia de Abu Ghraib,

Guantánamo y otras deslocalizaciones de que se sirve el imperio para la práctica de la razón de Estado.

A este respecto, el libro lleva al campo de la ficción aquella teoría de Samuel Huntington según la cual en el mundo posterior a la Guerra Fría las identidades religiosas o de las civilizaciones están en la base de los conflictos. Tal vez sea cierto que mientras Occidente prefiere ignorar que su supremacía se debe al empleo organizado

de la violencia, el resto del mundo ni lo ignora ni lo olvida. Sin embargo, *Soy Pilgrim* parece sancionar con una inocencia sorprendente, es decir, sin el menor atisbo de espíritu crítico, ese empleo de la violencia. El protagonista mismo, con sus crímenes y atropellos, encarna esa justificación. Eso sí, se supone que en aras de un bien mayor.

Desde el punto de vista literario, hay alguna mención involuntariamente cómica, como cuando se cita al ilustrado angloirlandés Edmund Burke apostillando que se trata de alguien “ya fallecido”. Efectivamente, murió en 1797. Tampoco convienen las sensiblerías de este espía-asesino cuando observa la fotografía de una mujer inverosímilmente “gruesa” avanzando con sus dos hijos hacia la cámara de gas. Sus lamentos parecen impostados. Por lo demás, la novela participa de las características propias del género, como el fárrago en la narración y el descuido en las descripciones, la velocidad y el suspense, y un número imponente de casualidades para salvar las tramas y subtramas, aunque no más de las que hay en el dumasiano Conde de Montecristo, por poner un ejemplo. •

Soy Pilgrim

Terry Hayes

Traducción de Cristina

Martín Sanz

Salamandra

Barcelona, 2015

860 páginas

22,50 euros